Recibido: 11.4.2011
Aceptado: 27.5.2011

SILENTE MÚSICA

María PAYERAS GRAU
Universitat de les Illes Balears

Aproximación a *Música de agua*, uno de los poemarios clave en la obra literaria de Jaime Siles. El artículo analiza el enfoque metapoético de los textos, la representación que hace de aspectos tales como el concepto autoral, la naturaleza del texto artístico o el origen de la palabra poética.
Palabras clave: Jaime Siles, poética, concepto identidad literaria, simbolismo, memoria, pensamiento.

Silent Music
An approach to *Música de agua*, one of the key works in Jaime Siles' poetic *oeuvre*. This article analyzes the metapoetic focus of these poems, their representation of aspects such as the concept of the author, the nature of the artistic text or the origin of poetic language.
Key Words: Jaime Siles, Poetics, Literary identity, Symbolism, Memory, Thought.

Desde sus primeros compases, late en la poesía de Jaime Siles una búsqueda de la palabra originaria, germen donde late la naturaleza y el sentido de la poesía, motivo que se expande a lo largo de una extensa obra en cuyo gozne se sitúa *Música de agua* (Visor, Madrid, 1983), hermoso poemario consolidado entre los principales de una generación que quiso abrirse paso con la energía de la convicción, dando lugar a un discurso rupturista que se radicalizaría contra las fórmulas gastadas del realismo que, en sus distintos moldes, había dominado la escena poética española a lo largo del franquismo. La poética de Siles vendría a entreabrir las puertas de un mundo simbólico varado en el misterio y reflejado en las aguas del subconsciente, del que *Música de agua* es un buen exponente, afirmándose en un proceso de transformación del lenguaje cuyos materiales arraigan en lo más profundo del ser.

Música y agua se erigen como voces centrales de un universo simbólico regido por la constancia y la variación de elementos de los que surge la esencia de la poesía misma, el flujo respirado de una voz donde la alternancia de elementos estables y elementos mudables representan la permanencia y

la mutación del ser. La propia disposición del texto sobre la página en blanco cobra relieve en este juego de alternancias. Secuencias rítmicas caracterizadas por su brevedad y concisión soportan una escritura que potencia su calidad visual y rítmica, simultáneamente. Los espacios, los tiempos, construyen la armonía del verso, pautan una apertura en espiral que se abre desde su centro o se repliega en él.

El centro se constituye en concepto angular de la creación. El verbo anida en el espacio circular donde toda palabra regresa a su origen, y donde todo sentido arranca de un núcleo primigenio. Desde ese centro conceptual se produce, por lo tanto, la expansión del sentido que toda verdadera poesía encierra. El tiempo y el espacio, nociones igualmente asociadas a la armonía musical, se acompasan pitagóricamente a un ideal que la creación persigue, que busca alcanzar la exactitud de una forma de perfecta geometría, un espacio reducido, en centros sucesivos *al centro de ese centro/ que anula toda voz.*

La poesía encierra la polifonía del mundo y la multiplicidad del ser, construye su sentido sobre un centro numinoso que la música encierra. La música es anterior a la palabra, es el núcleo generador de la poesía, el germen sobre el que se construye una arquitectura verbal que encadena forma y sentido en una estructura abierta que se articula y reconstruye sucesivamente en busca de su forma y su razón de ser. La naturaleza de la poesía y la naturaleza del ser constituyen el núcleo de una indagación en la que identidad personal y palabra poética se funden, se confunden en un todo que mutuamente se construye y da sentido. Como una estructura abierta, en un continuo espacio–temporal, la voz resuena y se multiplica: *Y si un temblor de piedras aquí suena,/ no es duración su voz, ni movimiento:/ es el haz que lo une y lo separa/ del espacio, que es todo sucesión.// La sucesión de un edificio abierto/ hacia el sueño total de una memoria/ a la que no sostienen otros muros/ que el vacío que llena su interior*.

Un énfasis en la imagen que anida en la conciencia individual de su autor asienta la voz del poeta en un entorno netamente subjetivo, de figuraciones que recrean, en un entorno onírico, el origen de la palabra poética. El sujeto poético, semioculto en los intersticios de la voz, emerge en el cuerpo del texto para dar sentido al silencio, para conocerse y re–conocerse en él. Entre los reclamos de una memoria que desde la sombra primigenia camina hacia la luz, articula un discurso en el que toda identidad se construye y encuentra su sentido en la corporalidad material del texto. Luz y oscuridad asientan en esta poética un simbolismo que establece en el misterio el origen de toda creación. La búsqueda de la luz, su refracción en las aguas o en el líquido cristal de la mirada creadora, representa el centro de la crea-

ción, el intersticio donde confluyen la voluntad creadora y la forma perseguida:

Cruza la luz tus párpados
y en ellos
como una sola voz
te reconoces.

Repetida pupila que se abre
desde una gota azul
a su interior.

Debajo del cristal
la luz
es sólo un punto.

La voz poética fluctúa desde la disolución del yo autoral hacia la fundación de un nuevo ser, un híbrido identitario conformado en el propio poema, que sólo en éste halla su razón de ser: *Lo que el agua aquí oculta no es un rostro,/ ni lo que abajo suena, su presencia:/ es otra identidad, cuya memoria/ ni el olvido siquiera podría precisar.* El poema hace abstracción de lo inmediato, consolidándose en un mundo de especulación abstracta en el que se diluye, igualmente, el yo concreto del creador, constituido en voz de una enunciación que se articula en la búsqueda del propio sentido, entre los pliegues de una realidad movediza e inestable, como la propia conciencia pensante de donde la voz poética brota. La identidad del sujeto poético se desliza, desde una condición efímera, entre el ser y la palabra. Oculto tras los signos proyecta una identidad alternativa:

Pentagrama de pétalos
dispuestos como un nombre
y nada más.

Debajo sólo un rostro:
el de otra identidad
circular
como un punto.

Paralelamente, parte de la identidad personal se mantiene, asimismo, en el texto en un juego de desvelamiento y ocultación que no traiciona la esencia de la conciencia pensante que crea el poema: *Se abre la luz en dos/ y eres tú mismo// lo que de ti en ti/ no eres tú mismo...*

La voz de la enunciación se articula en la búsqueda del propio sentido, indaga en torno al propio ser entre los signos de una realidad de cuya solidez

duda tanto como de la suya propia. Solo el verbo, en tanto que se justifica a sí mismo, justifica al creador, puesto que, en última instancia, escribir consiste en escribirse: *Hay una gota que te piensa a ti./ Una gota que piensa que la agotas./ Una gota que escribe entre las gotas/ del agua toda que te escribe a ti.*

Reflejo de una realidad —que no la realidad misma—, la música del agua es la imagen de la palabra como representación que se nutre simultáneamente de la voz y del silencio, pues no hay armonía sin éste:

El espacio
—debajo del espacio—
es la forma del agua
en Chantilly.

No tú, ni tu memoria.
Sólo el nombre
que tu lenguaje escribe
en tu silencio:

un idioma de agua
más allá de los signos.

Un yo que se diluye en la palabra, que respira únicamente en un lenguaje pro–creador, generador de una nueva realidad que sólo en él existe y se justifica, transformando los materiales de una memoria primigenia en palabra pura, elemental, purificada de toda contingencia: *Indivisible voz/ de indivisibles gotas/ el fuego llega a ti/ en voz de agua*.

Hacer aflorar la poesía, darla a la luz y permitir que emerja desde su oscuro origen es la función del poeta. El demiurgo se justifica y se afirma en su función de revelar la realidad:

Sin signos.
Sin idioma
Sin final.
Tal cual a ti
en ti
nada te cambia.
Lo anterior a tu voz,
eso es el mundo.

El poeta procura en la palabra escrita la revelación del mundo y de su propio ser. La identidad escrita, la cifra del propio yo representa la memoria, la huella de un ser que transita, preso de la duración, entre las señales de una realidad que espera, como el propio yo, a ser descodificado: *Cuanto tiene*

materia en la memoria/ de un cuerpo extinto,/ tinta, tíntame. Tal vez la imagen más potente del poeta y su obstinado empeño sea ese caballo que en "Bestimmung" traza en el aire un firme gesto de negación. Su bravura y decisión se oponen a las limitaciones impuestas, se sobreponen con firmeza a la tragedia existencial. La escritura traslada la voluntad de permanencia de un sujeto que de este modo se enfrenta a la inestable consistencia de lo real.

Memoria y pensamiento constituyen una dualidad fundadora del poema. Memoria movediza e inestable, representada en la imagen de las algas, y pensamiento sólido y compacto, equiparable al mármol, son las materias en las que se soporta la estructura poética. En torno al concepto, la idea, el pensamiento hay un campo semántico que menudea en *Música de agua* estipulando el origen meditativo, reflexivo, de una poética que relega a un plano apenas visible el reducto emocional. Apoyándose en esta concepción poética, el ojo, la mirada, adquieren en la obra un protagonismo simbólico como apertura de la conciencia al mundo que la rodea en búsqueda de ordenación y sentido: *Espacio firme que el ojo me creara; Cruza la luz tus párpados; miro tu espejo; El ojo con la sal/ define el universo*. La indagación especulativa en torno a la realidad abarcada por la conciencia pensante es el eje donde gira la razón de ser del poema en un gesto donde el flujo del pensamiento se pliega a un ritmo anterior a la palabra.

La música y el pensamiento, la belleza y el sentido de la palabra establecen un juego que se nutre de un magma originario y a él regresa. La poesía es palabra que resuena en el origen y principio de lo humano, nutriéndose de las aguas subterráneas de la conciencia.

La propia escritura se constituye en objeto de reflexión metapoética. La inconsistencia de los signos en el agua traduce el gesto baldío de una caligrafía cuya memoria no persiste. Los trazos, las huellas del ser humano desaparecen. Sólo persiste, tenaz, el rastro de la música, el acorde que vibra, un instante, en el silencio.

En torno a los "grafemas" abre el poeta una reflexión en la que el cuerpo del texto cobra un relieve especial: *De pronto entre la luz hay un paisaje./ Diminutos emblemas incrustados/ en la extensión precisa del papel.* Purificada de toda contingencia, la palabra poética se venía expresando en esta obra como una música transparente, con una dicción sobria y precisa que, en este apartado del poemario focalizado en la escritura misma, adquiere una nueva textura formal, esencialmente apuntalada en la disposición destacada de toda clase de recursos fónicos —rima, aliteración, paronomasia—, visuales —por la disposición espacial del texto sobre la página—, juegos verbales, etc., orientados a enfatizar las posibilidades expresivas de la escritura como tal: *Cuerpo textuado, la escritura/ es un ritmo de espacios de co-*

lor:/ de blanco sobre negro,/ de negro sobre blanco/ en el espacio en blanco de la línea,/ en el espacio en blanco de la página/ en el espacio en blanco del color. El lenguaje poético se desplaza, desde la anterior transparencia, hacia una visibilidad que, no obstante, conspira acerca de su propia negación: *Variada vaciedad es el lenguaje,/ en el que escribo,/ una a una,/ las gotas del silencio./ Idioma de agua/ en el que van los signos/ hasta un espacio unido en vaciedad.*

La escritura se resume en el hallazgo verbal, en la decantación posible de la búsqueda creadora: *Entre lo que te doy y lo que busco/ está la cantidad de lo que encuentro*. Pero el poeta no olvida que la escritura encierra un encuentro más: el que escritor y creador realizan sobre un mismo texto que sus miradas, cruzadas, iluminan.

ABANICO

En el anverso de este verso rosa
lo que ves y yo miro son la rosa.
La figura que miro y que tú ves
lo mismo son y son la misma cosa
devueltas a la luz desde el revés.

La poesía ilumina fugazmente la realidad entre los destellos de una conciencia reflexiva y creadora que se apoya en el lenguaje, en un conjunto de signos, que reflejan, fugazmente, esa claridad: *Y, entre la nada, tú,/ limbo o idioma/ desierto todo/ de rosa y de coral./ Piedra pulida/ donde la luz/ es un silencio/ a gotas.* La voz y el silencio, en contrapunto, derraman su acuática música entre sombra y sombra, entre el misterio del origen y el enigma del fin entre los cuales el ser afirma su existencia. Entre el poeta y la palabra se extiende una realidad concebida como un sistema de signos que interactúan entre ellos, que reclaman una conciencia capaz de descodificarlos y darles coherencia. Es en este punto donde la creación poética adquiere su sentido, su razón de ser y su obstinada belleza.